

La economía mundial a finales de siglo

PAUL A. SAMUELSON¹

PRESENTACIÓN

Eduardo Loria

Muchos se preguntarán por qué reproducir un artículo que se escribió hace casi veinte años, más aún cuando en ese lapso la realidad y la ciencia económica han cambiado de una manera vertiginosa. Por ejemplo, en esos momentos todavía era relevante la discusión entre monetaristas y estructuralistas, y donde el marxismo todavía constituía una idea fuerza, no sólo en términos analíticos sino como posibilidad de cambio social. En ese sentido, podría pensarse que este ensayo es una especie de rescate paleontológico con poca utilidad analítica actual y menos aún de prospectiva.

La estructura y hegemonía de los bloques económicos en el mundo se han modificado radicalmente, y los antagonismos teóricos que se daban por la vigencia de su modelo económico –al menos desde hace un lustro– se han terminado. Todo parece indicar que la preocupación de los próximos años seguirá centrada en definir los mecanismos bajo los cuales las economías facilitarán la eficiencia de los mercados, con la mínima pero efectiva participación del Estado, todo ello en un entorno de globalización y contrastes sociales crecientes.

Como hace 20 años, por la variedad de desafíos y reflexiones que presenta el nacimiento de un nuevo ciclo, existe gran expectativa, por no decir preocupación, por el futuro que le depara a la economía mundial. La validez (actualidad) de este ensayo, radica en compartir las ideas que se plateó Samuelson con relación a los grandes problemas que en esos momentos presentaba la economía mundial en términos de inflación y crecimiento económico. Hacia 1980, le preocupaba especular sobre escenarios posibles y deseables. Lo que en ese entonces eran especulaciones analíticas, ahora son escenarios que estamos viviendo. El que Samuelson en esos años haya reflexionado sobre el futuro de la economía, y particularmente haya debatido sobre los escenarios prospectivos basados en la obra de tres grandes economistas: Marx, Keynes y Schumpeter, sirve de base para analizar y evaluar el valor de las apreciaciones de las grandes economías, pero sobre todo para realizar el mismo ejercicio prospectivo ahora.

Una preocupación y también actividad principal de los científicos sociales, en particular de los economistas, es especular sobre lo que pasará en el largo plazo con

1. Premio Nobel de Economía 1970. Instituto Tecnológico de Massachussetts. La versión original de este ensayo se encuentra en mimeo y fue presentado en 1980 en el *Sexto Congreso Mundial de Economistas*, México, D. F., y se reproduce aquí con la autorización expresa del Colegio Nacional de Economistas. Con el fin de darle mayor agilidad a la lectura, esta versión presenta cambios editoriales relevantes que son de mi entera responsabilidad, como corrección de estilo, numeración de los apartados, eliminación de algunos textos y corrección técnica y conceptual de algunos párrafos que causaban confusión. La traducción del texto original realizada en 1980 es de Claudia Politi, con la revisión de Juan A. Camacho.

las principales variables macroeconómicas, particularmente con el empleo y la producción, de ahí que muchos se dediquen a pronosticar el comportamiento de estas variables a partir de observar tendencias cíclicas y proyectar escenarios apoyados en elaborados modelos matemáticos y estadísticos.

Después de releer (veinte años después) a Samuelson, pude constatar su gran fuerza imaginativa y lo provocativo de sus reflexiones que en muchas ocasiones rebasaron el mero uso de instrumentos económicos. Como oportunamente él comentó: “la dinámica económica de los países no siempre es resultado de la condición de sus mercados, muchas veces sus limitaciones son más políticas que económicas”. Esta afirmación permite entender lo que ha pasado en los últimos años en una buena parte de las economías del mundo. Los países de América Latina y de las exrepúblicas soviéticas son ejemplo claro de que más allá de las variables económicas, el deterioro de la institucionalidad y el rumbo de su democracia, han afectado seriamente sus posibilidades de crecimiento y han creado condiciones de inestabilidad social. Muchos economistas dejaron de lado la importancia de las variables extraeconómicas al pensar en el rumbo de estos países y pronosticaron que en la posguerra entrarían en una fase intensa de crecimiento, pero los resultados empíricos demuestran lo contrario.

Los profundos y multidisciplinarios análisis de Samuelson respecto de las visiones futuristas de Marx, Keynes y Schumpeter permiten explicar nuestro presente y provocan la creatividad analítica.

Keynes –quizás el más grande economista de este siglo, al igual que lo fue Ricardo, Smith o Marx, en su tiempo– apostaba por la participación del Estado para lograr una economía más sana y así evitar periodos desastrosos como lo fue la gran depresión del 29. Sus predicciones sobre el crecimiento en los años de la posguerra fueron muy optimistas, y se basaron en el éxito de la economía mixta. Podemos decir que en la actualidad, casi todas las economías son mixtas, en mayor o menor grado.

En 1980, cuando Samuelson escribió este ensayo, eran muchos los que pensaban que el capitalismo se acercaba a su desaparición, tal como lo pronosticó Schumpeter; más aún, cuando una buena parte del mundo, particularmente Europa Oriental, funcionaba bajo el socialismo, y en muchos otros países los movimientos armados, cobijados bajo el ideario del marxismo-leninismo, luchaban por la instauración del socialismo como un sistema liberador y reductor de los males del capitalismo, sobre todo el atrasado y el dependiente.

Al respecto conviene recordar el provocativo comentario de Octavio Paz (Posdata, 1970, pp.12-14) a fines de los años sesenta: “Las revoluciones (sociales) han sido y son respuestas a la insuficiencia del desarrollo, y de ahí arrancan tanto su justificación como sus fatales y obvias limitaciones. Para los clásicos del pensamiento revolucionario del siglo XIX, la revolución sería la consecuencia del desarrollo: el proletariado urbano pondría fin al desequilibrio entre el progreso técnico y económico (el modo de producción industrial) y el nulo o escaso progreso social (el modo de propiedad capitalista); para los caudillos revolucionarios de las naciones atrasadas o marginales del siglo XX, la revolución se ha convertido en una vía hacia el desarrollo [en una especie de salida del largo atraso, de la dolorosa dicotomía social y económica que vivimos todos los días],² con los resultados que todos conocemos. Los modelos de desarrollo que hoy nos ofrecen el Oeste y el Este son compendios de horrores; ¿podremos nosotros inventar modelos más humanos y que correspondan a lo que somos?... ¿Podremos concebir un modelo de desarrollo que sea nuestra versión de la modernidad? ¿Proyectar una sociedad que no esté

2. El añadido es mío.

fundada en la dominación de las otras y que no termine ni en los helados paraísos policíacos del Este ni en las explosiones de náuseas y odio que interrumpen el festín del Oeste?”

Esta compleja situación que determinaba el clímax y poco después la conclusión de un capítulo de la Guerra Fría parecía indicar que el éxito económico de los países hasta mediados de los setenta podría ser indicativo de su posterior declive; la tesis de Marx acerca de que la tendencia decreciente de la cuota de ganancia llevaría al capitalismo a su destrucción, parecía cumplirse.

Sin embargo, a partir de la caída de la Europa del Este diez años después, la percepción del socialismo como modelo alternativo cambió radicalmente. Las predicciones de Marx y Schumpeter acerca del declive mundial del capitalismo no se cumplieron. La economía política (no sólo la marxista) dejó de ser la columna vertebral del estudio de las ciencias sociales en las universidades públicas de América Latina, y en particular de México. Todavía más, a partir del derrumbe del socialismo, la gran mayoría de los países de América Latina, adoptaron con insistencia las políticas económicas abanderadas por organismos financieros como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional con el fin de hacer frente a las crisis económicas recurrentes que, en parte, se derivan de la fase de desarrollo seguida durante la posguerra.

En nuestros días existe una gran preocupación mundial en el sentido de que no se ha dado la correspondencia directa entre el desarrollo científico y tecnológico y la solución real a los múltiples problemas que aquejan a la humanidad. Se ha vuelto lugar común culpar al llamado neoliberalismo de todos los males que padecen prácticamente todas las sociedades del mundo, en particular de los crecientes niveles de pobreza que se vienen observando desde la década pasada.

La propuesta de Samuelson y de Keynes acerca de que las economías contemporáneas pueden funcionar mejor por la vía mixta, es fundamental para tratar de hacer una prospectiva de lo que pasará en los próximos años.

Las pesimistas predicciones de Marx no se han cumplido y quizás están muy lejos de serlo; al parecer lo que Schumpeter preveía sobre el avance de los países a partir del desarrollo tecnológico se está cumpliendo más que sus puntos de coincidencia con Marx. A estas alturas, la ciencia económica aparentemente ya no se debate en la disyuntiva de elegir entre paradigmas teóricos antagónicos, como lo fue todavía hace una década. Los esfuerzos teóricos están encaminados a definir la manera en que los mercados puedan funcionar mejor para generar dinámicas virtuosas. La discusión se da en términos de establecer la forma en que el Estado cada vez participe menos, pero más eficientemente en las decisiones económicas: garantizar la democracia, generar confianza en los agentes económicos y favorecer la credibilidad en las instituciones.

Hoy, como lo planteó Samuelson hace veinte años, prevalecen las mismas preocupaciones centrales en cuanto a cómo se debe enfrentar el problema del crecimiento y más aún del bienestar.

George Bernard Show declaró: “aquellos que pueden, hacen; aquellos que no pueden, enseñan”. El cínico de nuestros días dice: “aquellos que son capaces de predecir, hacen sus previsiones econométricas. Aquellos que no pueden hacerlo, se vuelven futurólogos. Así, desde un principio, declaramos que ningún científico puede determinar con precisión el futuro lejano. Lo que

separa al sabio del diletante es la plausibilidad de las predicciones mencionadas, el grado de interés y relevancia del cuento que se está contando. La historia nos ha mostrado que la suerte de los payasos ha superado a menudo a la de los sabios. Para cada posibilidad hay un payaso que la respalde; y así, una vez más, tenemos que juzgar la valía de un profeta por la plausibilidad ex ante de su modelo.”

1980 está a veinte años del siglo veintiuno. ¿De quién tengo que aprender para discernir el camino futuro? Nostradamus no es de mi predilección. Realmente no hay nada en Adam Smith, David Ricardo o incluso Robert Malthus, que pueda servir a mis propósitos. El mundo no tiene una cita con un estado estable clásico, caracterizado por una población apenas suficiente para producir salarios mínimos de subsistencia.

¿Puede ser mi guía la visión de Karl Marx? Puesto que Marx escribía hace más de un siglo, no sería justo criticarlo por haber encontrado obsoletos sus paradigmas. Pero, en realidad, las leyes del movimiento del sistema capitalista tal como están registradas en los anales de los historiadores económicos para el siglo posterior a la publicación en 1867 de *Das Kapital*, no son las que pregonaba Karl Marx; ni tampoco los patrones registrados de la producción real y las partes del ingreso salario/propiedad pueden deducirse de los paradigmas marxistas del plusvalor y de la composición orgánica del capital. Marx, el científico político, merece una mejor boleta de calificaciones que Marx el economista político. Cuando menos una tercera parte de la humanidad vive bajo el socialismo; y en ningún lugar, ni siquiera en Suiza o en Chicago, vive alguien bajo el *laissez faire* estilo siglo diecinueve.

A muchos se les llama profetas (Henry Adams, Oswald Spengler, León Trotsky, y Pitrim Sorokin, Arnold Toynbee, John Maynard Keynes, Friedrich Hayek, Joseph Schumpeter, Herman Kahn, El Club de Roma); aunque pocos son los elegidos como videntes por el historiador.

I. Keynes y la conquista de la pobreza

No todos los profetas son igual de malos. Como lo plantearía el juez Oliver Wendell Holmes, el cinismo de Joseph Schumpeter nos da una mayor satisfacción por nuestro dinero que los misticismos de Arnold Toynbee. Cuarenta años después de que Friedrich Hayek escribiera su pesadilla sobre el estado benefactor que conduciría despiadadamente al asesinato totalitario de la libertad, los escandinavos gozan de la libertad más plena que el mundo jamás haya visto; y, contrariamente a la lógica de *El camino hacia la servidumbre*, sociedades como Chile y Singapur, que tienen la máxima libertad de mercado, viven bajo dictaduras que reprimen las libertades civiles.

Para el propósito de la discusión de hoy, quiero concentrarme en las visiones futuras de dos grandes economistas: John Maynard Keynes y Joseph Schumpeter. Ambos nacieron en 1883, año en que Karl Marx murió. Ambos murieron poco después de la Segunda Guerra Mundial.

De los dos, Keynes era el más optimista. En 1930, antes de la Gran Depresión, Keynes escribió un notable ensayo llamado *Posibilidades económicas para nuestros nietos*. Hizo previsiones hasta el periodo que hoy estoy analizando. Profetizó que para principios del siglo XXI el *stock* de capital se duplicaría, y se duplicaría otra vez, y se volvería a duplicar una vez más. Como señala Keynes, esto no tiene nada de extraordinario, salvo el sostenimiento prolongado de crecimiento del interés compuesto a una tasa del 2% anual. Fortaleciendo la acumulación de capital, presagiaba Keynes, estaría la innovación tecnológica, los frutos de la ciencia, la ingeniería, y la racionalización administrativa. Con el crecimiento de la población a control de la voluntad, esto tenía que significar un incremento de cuatro a ocho veces los estándares de vida per cápita en los países desarrollados.

Así, tres décadas antes de Galbraith, Keynes predijo la desaparición del problema de la escasez económica. Cuatro décadas antes de la sociobiología de Edward O. Wilson, Keynes advirtió que la raza humana había evolucionado en la triste lucha darwiniana por la existencia. Le preocupaba que, una vez que la maquinaria nos liberara de la necesidad de luchar por el pan de cada día, nuestros músculos se aflojaran y nuestro aburrimiento nos condujera a una crisis nerviosa colectiva, la enajenación, la neurosis, las drogas ligeras y fuertes en los barrios acomodados. Todo esto concuerda exactamente con el horóscopo keynesiano.

De hecho, Keynes previó correctamente el progreso milagroso del que gozó la economía mixta moderna en el tercer cuarto del siglo veinte. He examinado su econometría, más allá de su envoltura, comparándola con los resultados registrados de Simon Kuznets y Colin Clark, y es sorprendente lo afortunado que resultó ser Keynes en sus extrapolaciones.

Pero sólo en los cuentos de hadas se puede escribir el final: *y vivieron muy felices para siempre*. Así como Karl Marx terminó su *histórica historia* con una sociedad sin clases en la que el Estado había desaparecido y los recursos de alguna manera pudieron organizarse económicamente; así, el paradigma de Keynes finaliza en una especie de utopía sueca. En esta utopía, las interacciones exitosas del acelerador y el multiplicador son logradas por el no lucrativo Banco de Inglaterra y sirven para liberar a la Elite de Bloomsbury a que dedique sus días a la creación artística y sus noches a los placeres de la amistad.

II. Los esquemas esquizofrénicos de Schumpeter

Quizás en 1965, bajo el encanto del Camelot de John F. Kennedy, uno podía confiar en la verosimilitud de la trayec-

toría keynesiana del desarrollo económico. En 1980, con los decepcionantes recuerdos de la década de los setenta (frescos en nuestra memoria), el horóscopo más pesimista de Joseph Schumpeter se ha vuelto más relevante. Schumpeter escribió *Capitalismo, socialismo y democracia* una década después de que Keynes presentara su visión del futuro. La Gran Depresión mostró a Schumpeter lo propensos que eran los sistemas políticos de Europa y Norteamérica a separarse de los patrones y prácticas convencionales de la democracia constitucional. Puesto que Schumpeter había vivido ya la decadencia de la sociedad feudal austro-húngara, y había observado con cierto disgusto su remplazamiento por frágiles instituciones burguesas, estaba mejor preparado que la mayoría de nosotros para los acontecimientos de la era hitleriana.

También debemos recordar que Schumpeter estaba aislado en Cambridge, Massachussets, durante la Segunda Guerra Mundial. Había pocos estudiantes. La mayoría de sus colegas habían sido reclutados para la guerra. Viviendo en Cambridge y trasladándose a Corwall, Connecticut, Schumpeter no tenía mucho contacto con la manera en que realmente se estaba desarrollando la guerra. Así, puedo dar testimonio, de mi propia memoria que, incluso hasta 1943 o 1944, Schumpeter aún creía que Hitler saldría victorioso. Cuando se dio cuenta de la realidad, se entristeció por la expectativa de que la Unión Soviética sería el verdadero vencedor de la guerra. Según la visión de Schumpeter, nos habíamos comprometido con el aliado equivocado para pelear contra el enemigo equivocado. No siendo Schumpeter una persona muy diplomática y, puesto que se complacía en impactar a la gente, podemos estar seguros que sus puntos de vista no eran muy populares en esos días de guerra.

Creo que sería erróneo, sin embargo, pensar que la visión de Schumpeter sobre el futuro fue formulada después de 1940. Si lo leemos cuidadosamente, podemos darnos cuenta que, ya en la década de los veinte, Schumpeter había llegado a los siguientes esquemas de la historia.

Axioma 1 de Schumpeter:

El sistema económico mismo es esencialmente estable.

El equilibrio general walrasiano siempre tiene una solución y tal solución sería capaz de realizarse si el sistema político y sociológico permitiera que las leyes económicas operaran.

Para estar seguro, Schumpeter tenía una teoría dinámica de la innovación y el desarrollo. La innovación empresarial que Schumpeter vinculaba con un género sociológico particular, estaría facultada, mediante el sistema bancario de creación de dinero, para trastornar y perturbar el equilibrio walrasiano.

Los auges y las elevadas ganancias temporales resultarían de los arranques innovadores. Pero entonces los molinos de la competencia imitativa, molerían finamente y desgastarían las ganancias transitorias. Con toda probabilidad, el retorno al equilibrio walrasiano estaría acompañado por un nuevo impulso. Pero con el tiempo, un sistema capitalista de *laissez faire* encontraría otra vez su camino hacia un nuevo equilibrio walrasiano con un estándar de vida más alto, compartido por los trabajadores y los propietarios de recursos naturales.

Califico como no importante para el presente propósito el alboroto que Schumpeter solía hacer acerca de los diferentes ritmos cíclicos del capitalismo. Se tomó demasiado en serio, para su condición de hombre adulto, la taxonomía de las ondas largas de Kondratieff, los grandes ciclos económicos de Juglar con un promedio de cerca de 8 años de duración, y los ciclos económicos más cortos de 40 meses de Kitchin-Crum. Su libro (de dos volúmenes) *Business Cycles* escrito en 1938 se refiere a todo esto, pero en realidad nunca atrajo mucha atención en aquellos primeros días de la *revolución keynesiana*. Y, como el propio Schumpeter reconoció, no afectaría materialmente la validez de su visión implícita el que el lector rechazara su creencia en los ciclos económicos sobrepuestos. Puedo añadir que el escepticismo —en cuanto al estado en equilibrio de interés nulo de Schumpeter— no tiene tampoco necesariamente un efecto material sobre nuestra aceptación o rechazo a su visión del proceso de desarrollo innovacional de destrucción creativa.

Schumpeter pudo haber olvidado la aritmética keynesiana de 1930, pero en la propia construye una acumulación de capital de interés compuesto similar, que para estimular la productividad, es ayudada por un proceso de desarrollo de cambios tecnológicos. De un plumazo, Schumpeter desecha como ridícula la preocupación de los keynesianos posteriores a 1936 sobre la posibilidad de que el ahorro excediera a la inversión. El Keynes de 1930 puede ser disculpado por no haberse preocupado del dilema de una economía que se estanca por debajo de su potencial de pleno empleo debido a un desajuste entre las propensiones al ahorro y las oportunidades motivadas a invertir. Schumpeter no puede reclamar una defensa similar cuando descarta frívolamente los recelos sobre el estancamiento de los escritores post-keynesianos. En lugar de recurrir a argumentos teóricos del tipo *efecto Pigou*, o de ordenar las tendencias empíricas *anti Hansen* Schumpeter afirma simplemente que la mayor parte de la actividad de ahorro está motivada por la oportunidad de inversión. Así, puesta a un lado la psicología de la depresión, Schumpeter sostiene que el consumo aumentará espontáneamente para cerrar la brecha cada vez que la inversión no logra ser vigorosa.

Hay una diferencia entre los optimismos de Keynes y de Schumpeter. En 1930, Keynes está hablando en realidad acerca de los éxitos futuros de lo que hemos llamado desde entonces el capitalismo de *Economía mixta*. Schumpeter, en cambio, está tratando el caso polar del *capitalismo desencadenado*. Fija este modo arquetípico no como una proyección de lo que probablemente prevalecerá en el futuro, sino precisamente como pretexto contrafactual para ayudarlo a comprobar su proposición respecto al fallecimiento político del capitalismo. Esto me lleva al Axioma 2 de Schumpeter, con su negación hegeliana del Axioma 1.

Axioma 2 de Schumpeter:

Aunque el sistema capitalista es económicamente estable; el capitalismo es, en esencia, políticamente inestable.

Los propios éxitos del capitalismo de mercado en proveer los bienes del progreso material, proclamaba Schumpeter, llevarían a la ruina del capitalismo. Su racionalidad, que contribuye a la productividad, servirá para corroer los sentimientos irracionales de la cohesividad social. Los hijos mimados de la abundancia rechazarán a sus padres y su herencia. Su desprecio a sí mismos los llevará a la aburrición y la enajenación. Como lo mencioné en mi discurso para el Nobel de 1970, Schumpeter, como Keynes, era un sociobiólogo prematuro. Él pensaba que el problema económico de la escasez había hecho evolucionar de manera selectiva los modos de ajuste del pensamiento racional. La necesidad de ser *homo economicus* constituyó la lucha darwiniana que creó al *homo sapiens*.

A medida que *Capitalismo, socialismo y democracia* se acerca a su cuadragésimo aniversario, lo que mejor se sostiene de su análisis es su impactante tesis de que el propio éxito del capitalismo será su ruina. Joseph Schumpeter, mirando desde Valhalla la revolución irania contra el Sha, se ha de estar jactando, “se los dije”. Desde su punto de vista, la misma suerte hubieran corrido Pedro el Grande si los elementos feudales de la superstición y la religión no hubieran conspirado para proteger a Pedro del destino del Sha.

Schumpeter, como Thorstein Veblen, en realidad no documenta de manera concluyente los interesantes dogmas que promulga. Como Oliver Twist, nosotros los lectores clamamos más.

En 1969, durante la Guerra de Vietnam, de las revueltas estudiantiles de la nueva izquierda en universidades norteamericanas, escribí un artículo para *Newsweek* titulado “Memorias”. Trataba de esa gran noche de mi vida en el mismo Harvard cuarenta años antes cuando los gigantes se paseaban por sus patios. Dada su importancia en las perspectivas para 1999, me permito citar mis palabras en *Newsweek*: “Joseph Schumpeter, el brillante economista y

profeta social de Harvard, iba a discutir con Paul Sweezy sobre *El futuro del capitalismo*. Wassily Leontief estaba en la silla como moderador, y el auditorio Littauer no podía acomodar a la multitud.”

Permitidme reconstruir el escenario, Schumpeter era un hijo de la aristocracia de la Austria de Franz Josef. Fue Schumpeter quien reconoció tres deseos en la vida: ser el mejor amante en Viena, el mejor jinete en Europa, y el más grande economista en el mundo, “pero, desafortunadamente”, como él solía decir modestamente, “el asiento que heredé nunca fue del máximo calibre”.

Mitad charlatán, mitad sabio, Schumpeter había sido el *enfant terrible* de la escuela austriaca de economistas. Administrador de una princesa egipcia, propietario de un establo de caballos de carreras, alguna vez ministro de finanzas de Austria, podría mirar los prospectos de la sociedad burguesa con la objetividad de aquél cuyo mundo feudal había llegado a su fin en 1914.

III. A quien los dioses envidian

Sweezy se había establecido tempranamente como uno de los más promisorios economistas de su generación.

Pero también cansado por la sabiduría convencional de su época, y estimulado por los acontecimientos de la Gran Depresión, Sweezy se convirtió en uno de los pocos marxistas de Norteamérica. Como él solía decir, uno podía contar las narices de los economistas académicos norteamericanos que fueran marxistas con los pulgares de sus dos manos: el difunto Paul Baran de Stanford y, en una escuela de verano ocasional de tolerancia inusual, Paul Sweezy.

Injustamente los dioses lo habían dotado, además de una mente brillante, de una bella cara e ingenio. Si un rayo le hubiera caído encima esa noche, la gente hubiera dicho verdaderamente que había provocado la envidia de los dioses.

IV. Encuentro de oponentes

Los grandes polemistas merecen grandes moderadores, y esa noche Leontief estaba en magnífica condición. Al final, resumió imparcialmente los puntos de vista expresados.

“El paciente es el capitalismo. ¿Cuál será su destino? Nuestros expositores concuerdan que el paciente se está muriendo inevitablemente. Pero las bases de sus diagnósticos no podrían ser más diferentes. Por un lado, está Sweezy que utiliza el análisis de Marx y el de Lenin para deducir que el paciente se muere de un cáncer maligno. Absolutamente ninguna operación puede ayudarlo. El fin está predestinado. Por otro lado, está Schumpeter, quien jubilosamente admite

que el paciente se muere de un mal psicosomático. No cáncer, sino neurosis es la queja del paciente. Abrumado con su odio a sí mismo, ha perdido el deseo de vivir.

En este sentido, el capitalismo es un sistema poco amable, y lo poco amable no será amado. El mismo Paul Sweezy es un talismán y un presagio de la alienación que sellará la ruina del sistema.”

Todo esto lo había olvidado ya hace tiempo. Y hace algunos años, al releer el libro de Schumpeter, lo calificué pobremente por sus ideas pesimistas acerca del progreso que resultaría de la economía mixta. El capitalismo es una cámara de oxígeno, como lo planteó Schumpeter. Su falla en predecir el progreso milagroso de los años de posguerra le valió un C^3 ante mis ojos.

Sin embargo, los acontecimientos de 1969 en las universidades revelan una alineación de los jóvenes privilegiados que le acredita una revisión de su boleta de calificaciones.

V. La milagrosa carrera de mediados de siglo

¿Cómo podríamos juzgar los méritos respectivos de las previsiones para el futuro en Keynes y Schumpeter? Lo que sería más útil de mi evaluación de estos grandes economistas reside en el hecho de que, el descubrir sus éxitos y fracasos, es una manera instructiva de formular mis propios presentimientos sobre los años venideros.

En primer lugar, Keynes y Schumpeter hicieron un trabajo bastante bueno al estimar lo que los economistas modernos llaman “la tendencia del PNB potencial” para las naciones avanzadas del mundo.

Los hombres comunes, e incluso algunos profesionales excéntricos, se las arreglan para cometer grandes errores a este respecto.

Los señadores locos ven el inminente fin del mundo cada fin de semana. Los escritores de ciencia ficción vaticinan avances increíbles en el estándar de vida a la vuelta de la esquina, y encuentran un público ávido entre aquellos enemistados con el aquí y ahora. Pero del sobrio análisis sobre las tendencias estadísticas de un Simon Kuznets o un Arthur Okun resulta un cuento menos excitante pero más creíble. Los más grandes economistas de mi época han sido extraordinariamente listos para estimar, arbitrariamente, lo que los modelos más elaborados de los cliometristas derivaran luego de un cálculo tedioso.

En general, considero que Schumpeter subestimó en gran parte el desarrollo real de la economía mundial en el tercer cuarto del siglo veinte. Su argumento era que “el capitalismo encadenado –el capitalismo en una cámara de oxígeno– podría sobrevivir de manera viable. Pero no creo que haya

tenido la imaginación o la suerte de percibir anticipadamente el milagro económico actual de que gozan Alemania y Japón, Suecia y Suiza, Europa Occidental en general y, en particular, los países originales del Mercado Común.

Si Schumpeter hubiera apreciado este magnífico desarrollo, por la lógica de sus pensamientos, hubiera tenido que considerarlo como llevándose a cabo *a pesar* de la intromisión de la economía mixta en las prerrogativas del capitalismo de mercado. Por la ventaja de una visión retrospectiva, yo me veo obligado a llegar a la conclusión totalmente opuesta de que el milagro de las décadas de los cincuenta y sesenta fueron *acrecentados* en realidad por intromisiones de la economía mixta en el capitalismo del *laissez faire*. Japón, S. A., no tiene la estructura walrasiana de la competencia perfecta ni la estructura oligopólica del dinámico capitalismo monopolista de Schumpeter. La burocracia del Banco de Japón y el MITI desempeñaron una función vital en el milagro.

En todo el mundo, el ambiente post-keynesiano proporcionó un estímulo macroeconómico al empleo y dio una protección efectiva contra la deflación y los descensos persistentes. Después de los éxitos del Plan Marshall y la ocupación de MacArthur de Japón, la fragilidad fundamental del mecanismo de Bretton Woods no fue reconocida durante mucho tiempo. En un paraíso de tontos, la subvalorización del dólar se convirtió en la sobrevalorización del dólar, desequilibrio que fue cubierto con papel durante la década de los años sesenta por una aceptación de deudas en dólares.

A menudo he reflexionado acerca de esta pregunta fundamental: ¿Por qué no alcanzó Europa Occidental a Estados Unidos después de la Primera Guerra Mundial de la manera que sucedió después de la Segunda? No puedo culpar a Schumpeter por no haber profetizado este admirable dominio de Estados Unidos. Pero este error sólo revela su condición de humano.

Suecia es un ejemplo que empleo a menudo para medir la perspicacia y la previsión de Schumpeter. Suecia puede aún confirmar el pesimismo cínico de Schumpeter, pero en ese caso su pesimismo fue enunciado sin duda con veinticinco años de anticipación. De 1945 a 1970 la Suecia neutral realizó un verdadero acto de magia. Evitando el socialismo anticuado de Schumpeter en la forma de la propiedad estatal de los medios de producción, Suecia alcanzó un alto grado de igualdad por medio de amplios gastos de beneficio social financiados con impuestos.

3. En el sistema norteamericano las calificaciones escolares tienen una escala de A (máximo) a D (mínimo).

Lo que es notable es el hecho de que Suecia fue capaz de *redividir el pastel social sin reducir su tamaño ni disminuir su tasa de crecimiento*. Porciones justas coexistieron con incrementos del 8% anual en la productividad manufacturera, algo en lo que los habitantes de Australia y Nueva Zelandia sólo soñaron, pero que raramente se confirma en los libros de historia de cualquier nación.

¡Ay, pobre Hayek! Sus lectores en 1945 estaban muy poco preparados para los triunfos estadísticos registrados una veintena de años después en los anales de la OECD. Los marxistas actuales tuvieron que enfrentar los argumentos comprobados de los incrementos del salario real del proletariado con la queja: “¿qué es la prosperidad material para un trabajador alienado?”.

De manera similar los doctores Hayek y Friedman, en la derecha, han tenido que tomar una página del libro de Ludwig Von Mises y despreciar como insignificantes los índices de la producción real que se ha incrementado desmesuradamente, calculados para economías como las de Europa Occidental que inventan sustancialmente el mercado. Y cuando esto no demerita suficiente, puede siempre lamentarse, “¿qué es la prosperidad material para aquellos individuos que han perdido sus derechos libertarios?”

VI. ¿Inevitabilidad del socialismo?

Vivir es cambiar de manera de pensar. No con poca frecuencia un sabio llegará a repudiar su propia primera obra clásica. Yo podría probar, a partir de mi contacto personal con Schumpeter, que ya no creía en los cuarenta lo que me enseñó mi primera tarde de 1935 en la Universidad de Harvard: que ninguna gran compañía como Du Pont o General Motors podían permanecer por mucho tiempo en la cima ante el embate de los nuevos innovadores. En sus últimos escritos, Schumpeter había cambiado al punto de vista de que las grandes corporaciones modernas habían adquirido, en cierto sentido, el secreto de la eterna juventud y del rejuvenecimiento innovacional.

Pero nosotros llegamos a saber que, hasta la tarde en que murió, Schumpeter seguía creyendo que el capitalismo estaba en camino a su *rendez-vous* con el socialismo. La muerte de Schumpeter fue como un regalo de los dioses. Murió en su puesto de batalla, con su pluma escolar en la mano, en el pináculo de su poder. Casi tenía terminado el penúltimo párrafo de su discurso para la Asociación Americana de Economía titulado “La marcha hacia el socialismo”. Por primera vez Schumpeter quedó atrapado en la sabiduría convencional. Y eso nos ayudará a escudriñar el futuro del resto de esta década si nos avocamos a un análisis generoso

del momento en que Schumpeter pudo haberse desviado en sus extrapolaciones.

El socialismo probablemente tuvo alguna vez una definición sencilla en la que el Estado era propietario de los medios de producción: la tierra y las minas, las fábricas y las herramientas, los inventarios de materias primas y de productos terminados. Eso era el socialismo. Por contraste, bajo el capitalismo, la tierra, el trabajo y los bienes de capital, eran todos de propiedad privada y se distribuían a través del equilibrio impuesto por las competencias de mercado.

Todo esto pudo ser comprendido por los primeros escritores socialistas, tanto por los fabianos como Webbs y Shaw, como por los seguidores de Marx. Ellos y sus críticas al capitalismo hubieran estado de acuerdo en que la *Revolución de octubre* de Lenin convirtió el capitalismo zarista en socialismo. Y habrían estado de acuerdo en que una adquisición evolucionista de la propiedad de las minas de carbón, ferrocarriles, bancos y fábricas de acero por parte del gobierno británico, habría significado un avance en el camino del capitalismo al socialismo.

Si se interpretara la resuelta predicción de Schumpeter de que el capitalismo iba rumbo al socialismo, en el sentido de que esperaba que el tercer cuarto del siglo XX fuera testigo de la proliferación de expropiaciones gubernamentales de los medios de producción, entonces tendríamos que adjudicar a Schumpeter una baja calificación en su previsión.

Yo creo que él comprendió esta cuestión. Pero parece que nunca llegó a clarificar realmente sus ideas en relación al tema. Cuando se amplía la definición de socialismo, de tal manera que se pueda evitar verse atrapado en un error técnico, el concepto se vuelve probablemente tan ambiguo que se le llega a privar de utilidad en muchas de sus aplicaciones.

Hablemos de una anécdota personal para aclarar las ambigüedades de Schumpeter. En una ocasión, durante un cóctel, me dijo: “Yo esperaba que un socialista como tú creyera en ello”. Quedé bastante desconcertado, genuinamente sorprendido, y pregunté: “¿De verdad crees que yo soy un socialista, Joe?” Llevé las cosas más allá de la cortesía superficial para comprender mejor cual era el punto de vista general de Schumpeter. “Después de todo” –señalé– yo fui producto de la Escuela de Chicago bajo la influencia de Frank Knight y Henry Simons. En un primer momento rechazaba la revolución keynesiana en el análisis macroeconómico. “¿Puedes concebir a alguien que sea socialista y que crea en la política fiscal de estabilización y en los programas de bienestar del *New Deal*?” ¿Bajo qué

criterio único, después de conocerme todos estos años, podría definirme como socialista?

Retrocedió un poco. Después de todo él era un hombre cortés, y el comportamiento diplomático no obliga a decir la verdad. Finalmente explicó: “Mi querido Paul, yo sólo me refería a aquello que tú no negarías, a tu falta de respeto por las verdades piadosas del capitalismo”.

Admito que en ese momento me atrapó. Yo siento una falta de respeto por la mayoría de las cosas; esto constituye una imperfección de mi personalidad. Pero dejando a un lado las personalidades, nótese cómo se extiende la definición de socialista para abarcar a aquéllos que son cínicos o incluso objetivos en relación al capitalismo; nótese cómo esto torna trivial la proposición de que, en la última mitad del siglo XX, el socialismo llegará a prevalecer.

Por una razón esto reduce a una tautología la proposición de Schumpeter en el sentido de que el malestar ideológico con el capitalismo crearía el socialismo. No se puede decir que el malestar provoque malestar: malestar es malestar al igual que una rosa es una rosa y dos más dos son cuatro, proposiciones todas estas que no pueden refutarse empíricamente o ser corroboradas plenamente.

En algún lugar, Schumpeter propone una ampliación más útil a la palabra socialismo, más allá de su connotación original de propiedad estatal de los medios de producción.

Habla de “una extensión del sector público a expensas de sector privado” como la constitución de una extensión del socialismo. Pero al utilizar esta terminología, Schumpeter volvía a estar muy cerca de Keynes y de los liberales del *New Deal*, en el sentido norteamericano de la palabra liberal. En el debate Schumpeter-Sweezy al que me referí, pareció ominioso cuando aquél predijo que el paciente se moría aunque sólo fuera de un mal psicosomático. La muerte, después de todo, no es una broma. Pero su auditorio se hubiera visto menos afectado por su diagnóstico si les hubiera explicado que todo lo que quiso decir era que el paciente estaba cambiando de piel, iniciando una nueva vida de deporte y vitaminas, y de nobles pensamientos bajo las directrices de la economía mixta.

Debo repetir que el pensamiento de Schumpeter era confuso. Él creía realmente que la economía mixta, cuya evolución había percibido correctamente, era una manera estable y funcional de manejar el ferrocarril de la vida social moderna. El hecho de que Schumpeter estuviera equivocado, en general, en su visión sobre el tercer cuarto del siglo, no debe cegarnos al punto de no ver la posibilidad de que algunos de los desajustes que él temía, se estén vislumbrando como más cercanos en este último cuarto del presente siglo.

VII. Latinoamérica como paradigma

La mente humana piensa en términos de estudios de caso sobredramáticos. Yo sugiero que para entender el futuro, debería existir un paradigma más útil del que sugieren Escandinavia, los Países Bajos, o una típica economía mixta de Europa Occidental o Norteamérica. No estoy proponiendo que nos concentremos en la experiencia Yugoslava o en el modelo de una economía de Europa Oriental como Hungría o Polonia. En cambio, tengo en mente el ejemplo latinoamericano.

Supongamos que alguien preguntara en 1945: “¿Qué parte del mundo espera usted que experimente el más dramático despegue económico en las próximas tres décadas?” “Probablemente yo hubiera dado una respuesta parecida a la siguiente: “Argentina es la ola del futuro. Tiene un clima templado, su densidad de población ofrece una dotación favorable de recursos naturales por empleado. Por un accidente histórico, su población actual constituye la más homogénea progenie de las naciones de Europa Occidental. Y Argentina, en 1945, se encontraba en ese estado intermedio de desarrollo del cual se podría fácilmente esperar un rápido crecimiento”.

Qué equivocado hubiera estado, y mi profecía no hubiera sido mucho mejor tampoco si hubiera sustituido a Argentina por Chile. De hecho, la mayoría de los países sudamericanos han caído mucho más abajo de sus potencialidades de posguerra para el desarrollo. La razón no parece limitarse a lo económico. No podemos explicar lo que sucedió recurriendo a la Ley de Malthus de los rendimientos decrecientes. No han existido cambios exógenos en la demanda mundial particularmente desfavorables para esa región del mundo.

Su enfermedad, plantearía Schumpeter, es más política y sociológica que económica. Tiene que ver con la crisis del consenso social, con los resultados de la lógica de la democracia populista. Un conservador como Schumpeter o Pareto o Sorel hubiera estado de acuerdo en sus diagnósticos con los análisis de lucha de clases de escritores marxistas. Pero con esa diferencia los marxistas darían la bienvenida a la lucha entre las clases que estropea los logros del capitalismo. Esto forma parte de los penosos dolores de parto necesarios para que nazca la benevolente condición permanente del comunismo. Para Pareto y Schumpeter, en cambio, los dolores mortales de la economía de mercado tienen la inevitabilidad de una tragedia griega, pero son no obstante, en sí mismos, inútiles y lamentables.

No siendo un experto en Latinoamérica, no puedo pretender dar una interpretación definitiva de su enfermedad

política. Es superficial culpar al dictador Juan Perón de la falta de progreso. Años después de que Perón abandonara la Argentina, y antes de su regreso, la inflación crónica y el crecimiento estancado caracterizaban ya a esa parte del mundo. Es irónico que Uruguay haya sido llamado alguna vez la *Suiza de América Latina*, al igual que Libia fuera llamada alguna vez la *Suiza del Cercano Oriente*.

VIII. La manera en que vivimos ahora

Oslo, Washington y Nueva Delhi están muy lejos de Buenos Aires y Santiago.

Mi predicción implícita no es que las tasas recientes de inflación del 5 al 20% resucitarán en las próximas décadas en las tasas sudamericanas del 30 al 200% anual. No lo considero como particularmente posible y no constituye una parte esencial de mi tesis la idea de que eso pudiera suceder.

El mismo interés que proporcionó el combustible para hacer operar el juego clásico de las fuerzas de mercado, debe esperarse que provoque en la esfera política actual, interferencia en el escenario del *laissez faire*.

No se interprete que estoy diciendo que la economía mixta es intrínsecamente mala. No es mi creencia que cualquier interferencia en el *laissez faire* es dañina. Los economistas neoclásicos de la buena voluntad tenían una noble y realista visión. Ellos propugnaban por una imposición redistributiva y transferencias para reducir las rígidas desigualdades del *laissez faire*. Marshall, Wicksell y Pigou son ejemplos de lo anterior. Los economistas también propugnaban por la estabilización macroeconómica, ya fuera en la versión de Irving Fisher en 1920, la de Keynes-Ohlin en 1937, o la de Tobin-Friedman en 1980. Y los bienhechores como yo, ubicamos un papel en la economía mixta para las políticas democráticas diseñadas para influir en la fracción de alto empleo del PNB dirigida a la formación de capital, y prever un parámetro de planificación democrática para lidiar con los problemas externos y probabilísticos del futuro.

Todo esto constituye una noble visión, la mayoría de ustedes lo reconocerá. Pero ¿qué garantía existe de que las fuerzas de la democracia convergiran con aquéllas interferencias exactamente óptimas en la economía de mercado?

4. (Nota del editor) El término *Stagflation* (Estanflación) se acuñó en esa época. Está formado por la combinación (neologismo) de los términos del inglés *Stagnation* (estancamiento) e *inflation* (inflación), para caracterizar una situación novedosa para la época caracterizada por un estancamiento económico con inflación.

Examínese la historia de un medio centenar de las antiguas colonias que lograron su independencia nacional en nuestra era ¿Para cuántas de ellas coincidió la fecha de emancipación con el despegue *rostowiano* en la esfera de la economía? Ustedes saben qué triste es la cruda realidad en ese terreno. Incluso después de que nosotros permitimos un brusco periodo de descenso, el desajuste entre la ejecución y las aspiraciones incorporadas en los planes quinquenales formales es dolorosamente evidente.

IX. La estanflación⁴ como un rasgo inherente de la economía mixta

Mi preocupación no es la de un elitista mirando desde arriba y con lástima la inmadurez de los países en desarrollo. Las campanas que temo estar oyendo, doblan para los países más poderosos de América del Norte y de Europa Occidental, y también para Japón y Australia.

En este mismo momento, los Estados Unidos se encuentran en una genuina recesión, así como también una buena parte del mundo.

Y bien. ¿Qué hay de raro en ello? La historia del capitalismo ha sido una historia de auge y depresión. La diferencia es que *esta recesión ha sido deliberadamente fraguada por los gobiernos*. Si ustedes hubieran asistido a las conferencias del año pasado de las autoridades económicas internacionales, se habrían dado cuenta de que la mayoría de los bancos centrales y representantes de tesorías presentes, por no mencionar a una ligera mayoría de los académicos allí reunidos, deseaban una contracción recesionista. La razón es clara. Ellos vieron la parte “flación” de la enfermedad moderna de la estagflación como un mal mayor que la parte “estag”. Ni su experiencia ni su razón los condujo a propugnar por un control obligatorio de precios y salarios como un mejor antídoto que la recesión artificial. Un segundo factor que reforzó su promoción fue la esperanza de que los precios de la OPEP pudieran controlarse mejor si un descenso de la actividad económica mundial disminuyera la demanda de energía.

Mi tesis es que la estanflación es una característica intrínseca de la economía mixta. En 1973, preparé un memorándum sobre la *estanflación mundial* para el Consejo de Asesores Económicos de Alemania Occidental. En él planteo un diagnóstico pesimista de la enfermedad moderna de la estanflación. Espero que mi tesis esté equivocada, dada su importancia y porque descubre sus raíces en el interior de la naturaleza básica del Estado de Bienestar moderno.

En resumen, atribuyo la estanflación de la economía mixta al hecho de que ahora tenemos una sociedad humana en

donde a la presencia del desempleo y del receso industrial no se le permite tener repercusiones a la baja en precios y salarios, características del cruel y despiadado capitalismo de los libros de historia.

Pensaría que es un error contemplar a Alemania Occidental, Suiza y Japón como inmunes a los azotes de la recesión. Es verdad que los viejos banqueros de todo el mundo envidian a estos tres países por su relativo éxito en evitar el aceleramiento de la inflación de los precios a dos dígitos. Suiza gozó incluso, por breves periodos, de precios estables. Alemania Occidental tuvo un promedio en su tasa de inflación a finales de la década de los setenta por debajo del 4%. El índice de precios en Japón no pudo igualar estos comportamientos estelares pero, hasta hace poco, era capaz de hacerlo mejor que la mayoría de los países de la OECD.

Pero no olvidemos que este éxito en el nivel de los precios fue comprado por los tres países a un costo bastante elevado, en términos de vigor en el crecimiento de la producción. Si Suiza y Alemania Occidental no hubieran tenido la capacidad de barrer debajo del tapete parte de su desempleo, haciendo recaer las consecuencias en los trabajadores-huéspedes, la cruzada contra la inflación hubiera perdido algunos de sus seguidores. Aunque es verdad que el Japón sigue generando un crecimiento real más rápido que los principales países de la OECD, cuando calculo en qué medida Japón ha caído por debajo de su perfil tendencial extrapolado, estimo que el costo para poder luchar contra la estanflación ha sido elevado.

En conclusión, debo plantear la suposición de que el crecimiento mundial en el último cuarto del siglo debe ser calculado como menor al del tercer cuarto. Mi colega Charles P. Kindleberger es un acuñador de títulos expresivos y habla de la "economía menopáusica". Esto no es un *Gotterdammerung* wagneriano. El progreso no disminuye con un disparo sino con un sollozo.

Tales analogías biológicas pueden ofrecer un título expresivo, pero no ofrecen una explicación correcta. El opio duerme a la gente por sus propiedades adormecedoras. Envejecemos porque tenemos más años. La economía moderna puede esperar funcionar mejor por la vía del análisis.

Sin duda, una razón para un menor crecimiento en el futuro es la quintuplicación de los precios reales de energía de la OPEP. Este es llamado comúnmente un precio de cartel, pero para mí lo que requiere explicación no es por qué es tan alto el precio en la actualidad, sino por qué el precio del petróleo era tan bajo en los años anteriores a 1973.⁵

Los precios actuales de la OPEP probablemente sean más de lo que los economistas suelen llamar precios competi-

vos que precios de monopolio. El mayor costo competitivo no es el de los pocos dólares que se necesitan para extraer el petróleo. El costo marginal básico es el del uso alternativo futuro. Si todo el petróleo fuera rematado de la misma manera en que lo es el trigo, supongo que su precio variaría de \$20 a \$80 dólares el barril de mes a mes. Un incidente como el de la Isla de Tres Millas, que empaña el futuro de la energía nuclear en todas partes menos en la Unión Soviética y en China, racionalmente elevaría el precio de equilibrio del petróleo en varias decenas de dólares. La habilidad y buena disposición de Arabia Saudita para proveer el paraguas de la estabilidad de precios es la única característica de la OPEP que da la idea de ser un cartel monopolista más que competitivo. Para resumir, además del petróleo, otros recursos naturales seguramente pondrían límites al crecimiento promedio global, ahora que tantos países han alcanzado la etapa de industrialización que consume a tasas rápidas los recursos no renovables.

Como un segundo factor que provoca la desaceleración de las tasas futuras de crecimiento, está el relajamiento del esfuerzo y la disciplina que proviene de la abundancia misma. Es racional, no irracional, para suecos y norteamericanos, tomar vacaciones más largas, disminuir el ritmo de trabajo, replicar con insolencia al capataz, y descuidar las artes de la escritura y del álgebra. Los trabajadores de Corea del Sur están más hambrientos que los trabajadores belgas y algunas de sus desventajas tecnológicas pueden ser compensadas por este factor de vehemencia personal. Conforme los alemanes y japoneses prosperan, ellos también adquirirán con seguridad los estigmas de la abundancia.

Existe una tercera, aunque menos segura, razón para que se produzca un menor crecimiento de la productividad en el futuro. El planteamiento de Schumpeter sobre el proceso de innovación y el cambio tecnológico alcanzó su punto más alto durante la Segunda Guerra Mundial y el periodo de recuperación posterior. La historia es siempre una carrera entre la ley de los rendimientos decrecientes y los descubrimientos científicos. La tasa de progreso en la ciencia pura e ingeniería aplicada está lejos de ser una serie

5. Pienso que esos precios estaban por debajo de los verdaderos precios competitivos. Mi hipótesis para explicar esta situación se sostiene en el hecho de que las doce compañías petroleras gigantes no podían confiar en sus derechos de perforación, para sacar petróleo a la tasa óptima. Por lo tanto, ignorando el verdadero (futuro) costo de oportunidad, ellos se apresuraron a producir petróleo a tasas que estaban por encima de las tasas competitivas justificables en los días previos a la OPEP.

estacionaria de tiempo. Es bastante imprevisible en sus oscilaciones, y éstas no son de ninguna manera un proceso puro. El periodo temporal del poder monopólico schumpeteriano para extraer ingresos de las innovaciones, se hace más pequeño en esos tiempos de comunicación rápida y regulación pública. Con todo, no podemos tener ninguna confianza en una renovada revolución tecnológica que surja de los científicos, los ingenieros y los administradores.

X. La compostura del diablo que no compone

Las personas más inteligentes entre mi público pueden haber discernido alguna posible solución a los dilemas de la economía mixta sobre los que he insistido. Wilfredo Pareto era un hombre inteligente. Y también lo era George Sorel. Leyendo entre líneas a Schumpeter, creo que podemos observar que la misma solución planteada por ellos estaba tácitamente en su mente, a pesar de que fue sólo en algunas ocasiones privadas, que Schumpeter fungió como abogado de su propia moral obvia.

A lo que me estoy refiriendo es, desde luego, a la solución fascista. Si la eficiencia del mercado es políticamente inestable, entonces los simpatizantes del fascismo concluyen: “libérense de la democracia e impongan a la sociedad el régimen del mercado, no importa que los sindicalistas deban ser castrados y los molestos intelectuales enviados a la cárcel o al exilio.”

La 11ª edición en 1980 de mi libro de texto *Economics* tiene una nueva sección dedicada al desagradable tema del fascismo capitalista. Por decir algo, si Chile y los *Chicago Boys* no hubieran existido, hubiéramos tenido que inventarlos como un paradigma.

Los generales y almirantes toman el poder. Barren a sus predecesores izquierdistas, exilian a sus oponentes, encarcelan a los intelectuales disidentes, reprimen a los sindicatos, controlan la prensa, y toda la actividad política.

Pero en esa variante de fascismo de mercado, los líderes militares quedan fuera de la economía. Ellos no planifican y no se dejan sobornar. Ellos vuelcan toda la economía a fanáticos religiosos, cuya religión es el mercado de *laissez faire*, fanáticos que tampoco se dejan sobornar.

Entonces, el reloj de la historia retrocede. Se deja libre al mercado, y la oferta monetaria está estrictamente controlada. Sin la transferencia de pagos por asistencia social, los trabajadores deben trabajar o morir de hambre. Ahora, los desempleados mantienen bajo el crecimiento de la tasa competitiva de salarios. La inflación bien puede ser reducida si no es que eliminada.

Si el índice de producción se eleva y la inversión extranjera entra a caudales, ¿cuál es entonces el motivo de queja? Dejando a un lado la libertad política, *existe una tendencia a un crecimiento significativo en el grado de desigualdad de los ingresos, consumo y riqueza* bajo el arquetipo aquí contemplado.

¿Qué es lo que Brasil, Sudcorea, Singapur, México y Taiwan tienen en común? Son contemplados como ejemplos exitosos de países en desarrollo. Su industria crece y conquista mercados en las naciones poderosas y en los países de bajo desarrollo. Pero también son sistemas políticos unipartidarios, algunos de ellos dictaduras abiertas.

No quisiera dejar la impresión de que el capitalismo fascista es algo bueno, o incluso de que llegará a funcionar. ¿Qué es lo que Mussolini, Nkruma, Sukarno, Amin, Khan y el Sha tienen en común? Todos ellos eran dictadores que pretendían imponer un orden cronométrico y promover el crecimiento del PNB. Por un tiempo, algunos de ellos incluso parecieron tener éxito en sus propósitos, pero necesito citar las últimas palabras de mi libro sobre el capitalismo impuesto:

“La historia no conoce un caso en que el fascismo haya triunfado, incluso en sus propios términos económicos, por algún periodo sostenido. Ahí tales sistemas no pueden evolucionar a democracias normales. Sus libertades comerciales se mantienen solamente al ser impuestas a sus electores populistas. Los dictadores no se atreven a aflojar la represión. Nunca saben cuanta disensión está siendo contenida. Como en Irán, sólo posteriormente es que uno aprende cómo las divisiones de clase se han estado agudizando y extendiendo.”

XI. Soñando

Personalmente, debo estar de acuerdo con Winston Churchill cuando dijo que a pesar de que la democracia no es un sistema muy bueno es, sin embargo, mejor que cualquier otro. Mi sueño es lograr que la economía mixta funcione mejor.

Debemos tratar de no hacer más chico el pastel social ni liquidar su crecimiento con nuestras luchas por la manera de dividirlo.

El objetivo es el viejo objetivo marshalliano, que consiste en tener la cabeza fría para lograr las aspiraciones de un corazón ardiente.

¿Es utópico conservar y promover las cualidades *humanas de la economía mixta* manteniendo al mismo tiempo *las eficiencias* del mecanismo de mercado? Sí, es utópico. Pero la consecución racional de este objetivo ofrece un digno reto a nuestra generación de economistas. 